

LOS SECRETOS DE HADLEY GREEN

# *Tulia London*

*Esperando  
el amor*

*Los secretos  
de Hadley Green.  
Esperando el amor*

Julia London

Esencia/Planeta

*Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Last Debutante*

© Dinah Dinwiddie, 2013

Publicado de acuerdo con el editor original, Pocket Books, un sello de Simon & Schuster, Inc. Todos los derechos reservados.

© por la traducción, Raquel Duato García, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© de la imagen de la cubierta, Christie's Images/Corbis/Cordon

© del diseño de la cubierta, Departamento de Arte y Diseño.

Área Editorial Grupo Planeta

© de la fotografía de la autora, Carrie D'Anna, In The Still Photography

Primera edición: abril de 2014

Depósito legal: B. 5112-2014

ISBN 978-84-08-12666-9

ISBN 978-1-4391-7548-4, Pocket Books, un sello de Simon & Schuster, Inc., Nueva York, Estados Unidos

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**



*Dundavie, las Highlands escocesas, 1811*

Jamie Campbell no se sintió alarmado cuando la anciana le apuntó en la cabeza con un arma, sino más bien molesto. Acababa de desmontar junto a su cerca cuando la puerta de la casa se abrió y la mujer apareció con un trabuco.

Jamie había tenido demasiados disgustos durante esas últimas semanas. Todo se fue al infierno cuando su hermano, Geordie, se batió en duelo contra Cormag Brodie y a punto estuvo de matarlo. Lógicamente, eso provocó que Isabella, hermana de Cormag y prometida de Jamie, rompiera su compromiso. Eso habría sido casi suficiente para empujar a un hombre hacia la botella de whisky de malta más próxima pero, para acabar de rematarlo, Jamie había descubierto que su tío Hamish —quien cada día que pasaba estaba más ido—, se había gastado todos sus ahorros. Ese dinero era todo lo que Jamie tenía para ayudar a su clan, unas gentes que habían visto cómo su sustento mermaba debido a la invasión de sus pequeñas parcelas por parte de las ovejas de lord Murchison; a consecuencia, muchos habían partido en busca de mejores ocupaciones en Glasgow y más allá.

Durante los nueve años que Jamie había actuado como *laird* de los Campbell en Dundavie, había intentado guiarlos a favor de los vientos de cambio al mismo tiempo que se ceñía todo lo que podía a su modo de vida. Los Brodie eran esenciales para su plan,

por lo que todo el asunto era condenadamente irritante, al igual que lo eran esa mujer y su arma. Jamie procedía de una larga estirpe de Campbell de las Highlands, hombres cuyo valor se había puesto a prueba en la guerra, durante hambrunas y en medio de grandes cambios. No eran la clase de hombres a los que los dueños o los compromisos rotos desanimaban, ni una anciana con un trabuco que temblaba un poco mientras se esforzaba por mantenerlo alzado.

—Eso no es necesario —afirmó Jamie deteniéndose al otro lado de la cerca. Levantó las dos manos para mostrar que iba desarmado.

—Dado que está en mi propiedad, seré yo quien lo decida —replicó la mujer en un seco acento inglés.

Otra *Sassenach*. Otra inglesa remilgada más. ¡María, reina de los escoceses! Jamie se enfureció.

—¿Qué ha venido a hacer aquí, sir?

¿Qué había ido él a hacer allí? Él había nacido y se había criado en esas colinas. Las conocía muy bien, cada camino, cada arroyo, cada árbol. ¿Qué diablos hacía ella allí? *Ach*, no debería haber ido. Normalmente Jamie no actuaba así, de un modo precipitado. Como mínimo, tendría que haber ido acompañado de Duff, su primo y mano derecha.

Pero el viejo Willie le había dicho que la mujer que vivía en esa casita en las tierras de los Brodie era la que había utilizado tan mal a Hamish, y eso había hecho que Jamie se sintiera un pelín sanguinario. ¿Qué clase de persona se aprovechaba de un viejo que no estaba bien de la cabeza? Jamie estaba tan decidido a descubrir la respuesta que salió con su caballo de inmediato en dirección a las tierras de los Brodie.

Suspiró y contempló la cuidada y pequeña casita con techo de paja. Se erigía junto a unos abetos muy altos en el borde de un

pequeño campo donde los pollos picoteaban. La casita había sido encalada y la cerca se había arreglado hacía poco, a juzgar por los maderos amarillos recién cortados. Un serbal de los cazadores, árbol que los highlanders supersticiosos plantaban junto a sus casas para protegerse de las brujas, daba sombra al jardín delantero, y en una ventana abierta se enfriaban unas rebanadas de pan integral recién hecho.

Era idílico, el tipo de visión que últimamente había hecho que los ingleses se trasladaran en tropel a las Highlands.

Esa mujer, sin embargo, no era como Jamie había esperado. El viejo Willie había dicho que era inglesa, pero no había mencionado el pelo gris ni la cintura redondeada. Jamie había esperado encontrarse con una arpía de mirada seductora y figura llena de curvas, una experta en despojar a los hombres de su dinero. Pero esa mujer, en cambio, parecía dedicarse a abatanar lana.

Jamie bajó las manos.

—Soy Jamie Campbell, *laird* de Dundavie.

Aguardó un jadeo de alarma cuando la mujer se diese cuenta de que había hecho algo impensable amenazando a un hombre de poder y recursos.

No jadeó. En lugar de eso, levantó un poco más el arma.

—Eso no significa nada para mí. Hay más Campbell vagando por estas colinas que árboles. Continúe su camino. Márchese. Creo que lo mejor es que nadie lo vea por este lado de las colinas. Los Brodie no sienten ningún aprecio por los Campbell.

—El sentimiento es totalmente mutuo —respondió Jamie, un poco molesto porque la mujer se hubiese puesto tan fácilmente del lado de los Brodie—. No obstante, he venido en busca de una mujer que ha tenido tratos financieros con mi tío Hamish. —Arqueó una ceja, desafiándola a que lo negara.

—Si está insinuando que soy yo, no es así.

Lo había negado demasiado rápido y con cierto nerviosismo: un comportamiento que Jamie atribuyó al sentimiento de culpa.

—¿Podría al menos saber con quién estoy hablando? —Avanzó un paso y apoyó la mano en la puerta de la cerca.

—¡Deténgase! ¡Está invadiendo mi propiedad!

Jamie resopló.

—Esta tierra pertenece a Gordon Brodie.

—Eso es un detalle sin importancia —replicó desdeñosa—. Él me ha alquilado esta tierra y ahora, por tanto, es mía. Le ruego que se marche antes de que me vea obligada a defenderme de un modo más violento.

Si pensaba que podría espantarlo como a una mosca, estaba equivocada. Jamie abrió la puerta.

—*Diab*, para ser alguien que afirma no tener ninguna relación con Hamish, está demasiado ansiosa por que me vaya, ¿no cree? ¿Ha ido alguna vez a las carreras de ponis en Nairn?

—Le dispararé si da un paso más, y los Brodie, que pasan por aquí todos los lunes, cargarán su cadáver en un carro y lo tirarán al mar.

—Aún no ha llegado el día en que me haya encontrado con un Brodie que esté dispuesto a tomarse tantas molestias. Y mucho menos a uno capaz de acarrearme a algún sitio —afirmó Jamie con brusquedad—. Señora, hablaré aún más claro: busco a la mujer inglesa que vive en la casita junto al mojón Norse. —Señaló solemnemente hacia el camino que había recorrido desde Dundavie, hacia un mojón bien visible en lo alto de la colina—. Hay quien dice que ha despojado a mi tío de mil libras, una suma importante. Y aunque yo sería el primero en afirmar que un hombre es libre de dar su dinero a la mujer que desee, discrepo cuando el hombre no está en su sano juicio. En este caso, se trata de alguien que olvida abrocharse el cinturón de su tartán y cree que es amigo

de un señor inglés que vive solo en estas colinas. No puede recordar los nombres de sus hijos pero sí conoce los nombres de los ángeles que lo visitan por la noche. Cualquiera que sea capaz de aceptar dinero de mi tío se está aprovechando de él de un modo cruel.

La mujer se ruborizó y amartilló el trabuco.

—Váyase ahora o morirá.

Jamie frunció el cejo. No le entusiasmaba la idea de acorralar a una anciana y arrebatarle el arma. La mejor opción sería regresar con Duff y algunos de sus hombres.

—Muy bien —asintió encogiendo los hombros—. Quizá recuerde su relación cuando le traiga a uno o dos testigos para hacerle memoria. Buenos días, señora. —Se tocó el sombrero y se volvió hacia su caballo.

Oyó el disparo del trabuco un segundo antes de sentir el fuego del plomo atravesando su cuerpo. Cayó con un gran ruido sordo, se golpeó la cabeza contra una roca y todo se volvió negro.

Era curioso cómo los pequeños sucesos fortuitos podían alterar de un modo tan radical el mundo de alguien. Daria Babcock no se había parado a pensar en ello hasta entonces. Por regla general, no era una persona que reflexionara sobre el destino o el significado de la vida; nunca se había embarcado en semejante introspección. Pero lo cierto era que, hasta ese día, no se había encontrado en el borde de un camino en las agrestes tierras escocesas totalmente sola.

Bueno. Totalmente no, porque la acompañaba un perro, aunque apenas contaba con él. Tras su temor inicial a que la atacara cuando había salido del bosque, enseguida había descubierto que el animal no servía para nada. Era negro, con manchas blancas en



las patas y el pecho, y en ese momento estaba tumbado junto a su baúl con la cabeza apoyada en él y los ojos cerrados como si no tuviera nada más que hacer aparte de dormir.

El señor Mungo Brodie no había parecido especialmente preocupado cuando la había dejado allí. Había comentado que su destino estaba «un poco más adelante siguiendo el camino». Ese era poco más que un sendero de conejos que se adentraba en un oscuro bosque sin un alma a la vista.

Daria alzó la mirada hacia las copas de los árboles y el cielo azul celeste. Supuso que sería media tarde, lo cual significaba que aún tenía un poco de tiempo antes de que oscureciera. Ello le permitía detenerse a analizar los ridículos giros del destino que la habían llevado hasta allí; era evidente que su actual situación, en el borde de un camino, sola, merecía algún análisis.

—Ojalá supiera cuál fue el momento en que todo cambió —comentó en voz alta.

Las orejas del perro se movieron en un gesto nervioso.

Quizá había empezado un mes atrás. Se sentía bastante enfadada en aquel entonces, porque tuvo la impresión de que se había producido una verdadera explosión de nacimientos en Hadley Green y sus alrededores: las niñeras paseaban a esa multitud de querubines de mejillas sonrosadas en sus carros cuyas balbuceantes risas podían oírse a través de las ventanas abiertas.

Una tarde especialmente difícil fue a tomar el té a casa de los Ashwood, donde se quedó patidifusa ante el tímido anuncio de lady Ashwood de que estaba esperando su segundo hijo.

—¡Un hijo! —Lady Horncastle, la gran dama de Hadley Green, volvió su plateada cabeza para mirar a través de sus impertinentes a la anfitriona. Estaba tan atónita como Daria—. Pero si acabas de dar a luz a tu bebé, querida —comentó como si

lady Ashwood debiera volver a replantearse su embarazo por la increíble noticia de que ya tenía un hijo.

La joven se ruborizó y dijo entre risas:

—Le hice la misma observación a mi marido, pero creo que no estará contento hasta que todas las estancias en Ashwood estén ocupadas por un niño.

—Esos son muchos críos —replicó lady Horncastle con desdén—. Sin duda, tu esposo será consciente de que si uno desea un buen rebaño, puede invertir en ganado. Es mucho más sencillo.

El anuncio también molestó a Daria. Deseaba desesperadamente tener un bebé, incluso un buen rebaño de ellos. Cada vez que sostenía en sus brazos a uno, sentía ese tirón en el pecho incómodo y profundo. Le gustaría estar casada, ser madre y esposa, tener otro propósito en la vida que ir a tomar el té. Sin embargo, a pesar de haber pasado los últimos tres años esforzándose por asistir a todos los acontecimientos sociales, no tenía ninguna perspectiva de un matrimonio adecuado. El hecho de que todas sus conocidas más próximas estuvieran casadas y con hijos no hacía más que echar abundante sal a esa herida, y los acontecimientos de ese día en particular la sumergieron en un mar de melancolía.

Era la última debutante de Hadley Green. La última de su círculo social, la última sin una propuesta de matrimonio. Daria regresó a casa inmersa en ese mar, y una vez allí las cosas no mejoraron, porque tenía la desgracia de vivir con un recordatorio constante de lo que le faltaba en la vida. Sus padres eran como una pareja de tortolitos, siempre juntos, satisfechos con su mutua compañía. Daria tenía a menudo la sensación de entrometerse en su pequeño mundo secreto. A veces la emocionaba la devoción que se profesaban, pero, en otros momentos, la irritaba.

Cuando Daria llegó a casa, se encontró a sus padres acurrucados ante el fuego para protegerse del frío propio de un día de co-

mienzos de primavera. Tenían las cabezas gachas sobre una carta a la que Daria no dio ninguna importancia.

—Reconozco —admitió al tiempo que levantaba un dedo en-guantado hacia el perro— que a veces me quedo totalmente ab-sorta en el patetismo de mi propia situación.

El animal respondió con un único movimiento de la cola.

No fue hasta la cena cuando Daria se dio cuenta del sutil cam-bio en la actitud de sus padres. A la velada le faltaron sus típi-cos comentarios efusivos sobre su feliz día, por lo que ella llenó los silencios con un relato de los acontecimientos de esa tarde, impaciente por desahogarse. Sin embargo, no fue recompensada con una respuesta de consuelo a sus quejas por no tener pers-pectivas o esperanzas de futuro. Suspiró en voz alta para mostrar su exasperación cuando Griswold, el mayordomo, amo de llaves, lacayo y ayuda de cámara, rodeó la mesa para retirar los cuencos de sopa.

—¿Alguien me escucha? —preguntó Daria.

—¡Por supuesto! —exclamó su madre—. ¿Qué decías, cariño?

—Que mi vida es insoportable, eso decía —replicó en tono repipi—. Y que tú y papá deberíais llevarme a Londres para pasar la Temporada allí —añadió esperanzada.

—Oh, no lo creo —intervino su padre con la atención fija en el plato que Griswold había colocado ante él.

—¿Por qué no? —preguntó Daria dolida por la rapidez de su negativa—. No tengo ninguna posibilidad aquí.

—Londres no es para nosotros —afirmó su madre—. Y sí tienes posibilidades, querida. Lord Horncastle se muestra muy atento contigo...

—¡Preferiría morir a casarme con lord Horncastle! ¡Soy cons-ciente de que es el único caballero rico en Hadley Green, pero eso no compensa su odiosa tendencia a beber y enfurecerse!

Su madre sonrió y comentó con gran condescendencia:

—Encontrarás a un joven apuesto cuando sea el momento adecuado, cariño.

—El momento adecuado ya ha pasado, mamá. ¡Tengo veintitún años! ¿Voy a consumirme en este diminuto pueblo sin nada que hacer? Me siento inquieta e inútil. —Casi podía oír a su buena amiga Charity Scott susurrándole al oído: «El problema es que aquí en Hadley Green no hay una verdadera sociedad. Puede que venga gente de vez en cuando, pero la verdadera sociedad está en Londres. Allí debes ir».

—Eres muy útil para nosotros —objetó su padre.

Daria gruñó. Quería a sus padres, por supuesto que sí. Era su única hija y la habían mimado siempre. Pero si tenían un defecto era que no se preocupaban por el modo adecuado de hacer las cosas. Eran felices con su vida privada y creían que ella debería sentirse igual de feliz.

—En serio, papá, ¿qué mujer no está casada a mi edad?

Su padre se encogió de hombros, pensativo.

—Charity Scott no lo está.

Esta no se había casado porque había dado a luz a una niña fuera del matrimonio años atrás y se negaba a decir quién era el padre.

—Charity me ha dicho que su hermano, lord Eberlin, me escribirá una carta de presentación, y que con ella la alta sociedad me aceptará. Me ha dicho también que lo único que hay que hacer es mostrarse segura y decidida.

—Parece que la señorita Scott es una gran fuente de sabiduría respecto a la ciudad —comentó su madre pensativa.

La miró y luego miró a su padre, que contemplaba a su esposa con tanta preocupación que Daria sintió que estaba a punto de ponerse a gritar a los cielos para que alguien, fuera quien fuese, la

escuchara. Como le había explicado a Charity ese mismo día, nadie comprendía lo desoladora que era su situación.

Miró a sus padres muy exasperada.

—Muy bien —concluyó con firmeza—. Debéis decirme qué sucede. ¿Por qué actuáis los dos de un modo tan extraño? ¿Qué es esa carta que guardas en tu regazo, mamá?

—Tu madre ha recibido malas noticias —respondió el padre.

—¡Richard!

—No es una niña, Beth. No puedes ocultárselo.

—¿Qué ha sucedido? —Empezó a sentir miedo—. ¿Es Mamie? ¿Le ha pasado algo a Mamie? —preguntó refiriéndose a su abuela.

—Sí —afirmó el padre.

—¡No! —gritó la madre al mismo tiempo—. No, ella está bien, Daria.

—Pero la carta es suya —insistió la joven—. Y te ha contado algo que te ha angustiado.

—No quiero preocuparte con esto...

—Por Dios santo, Beth —protestó el hombre. Luego se dirigió a Daria—: Mamie tiene dificultades económicas. Pero no es nada que unas cuantas libras no puedan solucionar.

Daria le habría creído si su madre no se hubiera mordido el labio para evitar hablar.

—No lo entiendo. Ha necesitado dinero en otras ocasiones y no os habéis preocupado tanto.

—Esta vez es una suma bastante alta —le explicó su madre—. Tu padre tendrá que viajar a Escocia. No podemos confiar tanto dinero a nadie.

—La verdad es que no entiendo por qué no vuelve a casa —se quejó Daria—. Se fue para cuidar de su hermana, pero esta falleció hace dos años. No hay nada que la retenga allí.

—No está lista para regresar a Inglaterra —respondió su madre rápidamente—. De verdad, amor, esto no es algo de lo que debas preocuparte. Tu padre irá a verla y ya está.

—Está decidido entonces, ¿no? ¿Y yo no tengo nada que decir al respecto? —preguntó el padre—. Beth, cariño... No puedo imaginar hacer ese viaje sin ti. Y si...

—Alguien debería quedarse aquí con Daria —lo interrumpió la mujer con firmeza.

—Oh, por favor, no, mamá. El verano será muy aburrido si no tengo que injertar orquídeas para vosotros dos. Iré yo —anunció de repente.

Le pareció una idea tan brillante, la solución perfecta para su depresión, un verano en Escocia, lejos de Hadley Green y de todas sus felices amigas con sus preciosos bebés.

Pero su madre afirmó al instante:

—Eso es absurdo.

Esas tres palabras reforzaron la determinación de Daria. Lo que era absurdo era continuar como estaba.

—¿Por qué? —le preguntó—. Soy perfectamente capaz de llevar un poco de dinero y echo muchísimo de menos a Mamie. Hace años que no nos visita.

—Para empezar, no puedes hacer ese largo viaje sin tus padres o una acompañante. ¿Qué pensaría la gente?

Mejor que pensarán que se había embarcado en alguna aventura a que creyeran que iba camino de convertirse en la solterona de Hadley Green.

—Puedo encontrar a una acompañante adecuada.

Su padre soltó una risita.

—Perdóname, Daria, pero tu madre tiene razón en esto. Te quedarás aquí en Hadley Green y le harás compañía mientras yo esté ausente.

Incluso en ese momento, sentada sobre su baúl en medio de un bosque escocés, Daria negó con la cabeza. Sus padres nunca habían comprendido lo decidida que podía mostrarse. Esa noche le pidió a Griswold que le preparara el carruaje y se dirigió a Tiber Park. Golpeó tres veces la puerta con la aldaba de metal, avanzó resuelta entre la familia Scott y, con la frustración aún calentándole la sangre, preguntó:

—Charity, ¿me acompañarías a Escocia?

Para gran sorpresa de Daria, Charity miró a su hermano y se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Escocia está de moda ahora, ¿verdad? He pasado demasiado tiempo en Tiber Park y creo que sería agradable un cambio de aires.

Los padres de Daria rechazaron la idea, por supuesto, pero Charity los convenció. Se acordó que su hija, Catherine, se quedaría, porque la niña de once años estaba mucho más entusiasmada con el nuevo bebé de lady Eberlin que con la perspectiva de visitar Escocia. El mejor amigo de lord Eberlin, el capitán Robert Mackenzie, las llevaría a bordo de su buque mercante.

Charity y Daria zarparon hacia Nairn dos semanas más tarde, y fue entonces cuando Daria descubrió que se mareaba con facilidad. A pesar de la mucha cerveza de jengibre que le hicieron beber para reprimir las náuseas, se pasó los dos días de viaje en su camarote, gruñendo y teniendo una arcada tras otra. Apenas recordaba nada, aparte de a Charity entrando y saliendo de su habitación, cuyo perfume hacía que le entraran aún más ganas de vomitar incluso cuando el barco dejó de balancearse.

Charity le dijo:

—Estamos amarrados y aun así no mejoras. Creo que Mackenzie tiene razón. Deberíamos llamar a un médico.

—¿Estamos amarrados? —preguntó Daria, incorporándose ante la intensa luz del sol que entraba por la escotilla.

Charity le dedicó una rara sonrisa.

—Me he tomado la libertad de desembarcar mientras te recuperabas. Es un pueblo más bien rústico, pero tiene su encanto. Y he organizado el transporte hasta la casa de tu abuela. Está muy cerca de aquí, por suerte. Tendrás una plaza en un viaje privado por las Highlands que te dejará en Glenferness. Allí la encontrarás.

Daria se volvió hacia el pequeño espejo fijado a la pared, y miró a un lado y luego a otro para comprobar cómo llevaba el pelo.

—¿Y para ti?

—He reservado una plaza para mí también. Pero en un coche diferente, porque yo me voy a Edimburgo.

—¿Qué? —exclamó Daria—. Habíamos planeado visitar Edimburgo juntas en nuestro viaje de vuelta, después de ver a Mamie. Ese era nuestro plan, Charity.

—¡Lo veremos juntas, por supuesto que sí! Te reunirás conmigo en Edimburgo cuando hayas visitado a tu abuela. No me necesitas allí.

Eso fue demasiado para Daria, teniendo en cuenta que el simple hecho de pensar le daba dolor de cabeza. Se obligó a incorporarse.

—¿Cómo llegarás hasta allí? ¿Qué coche te llevará?

La sonrisa de su amiga se amplió un poco más.

—El capitán Mackenzie ha tenido la amabilidad de arreglarlo todo.

Daria supo en ese momento que incluso Charity la abandonaría. Verdaderamente era la última debutante de Hadley Green.

—¡No pongas esa cara de angustia! —protestó esta—. ¡Vas a vivir una gran aventura! ¿No era eso lo que deseabas? Acompaña-



rás a una deliciosa pareja de hermanas. La señora Gant y la señora Bretton son viudas y han pasado mucho tiempo planeando sus vacaciones. Están impacientes por ver las Highlands e igual de deseosas de ofrecerte una plaza en su coche. Parecen bastante animadas.

Daria descubrió que las damas eran animadas, sí, pero no como Charity había referido.

Un brillante cielo azul de primavera dio la bienvenida a Daria la mañana que subió al coche. Estaba enfadada con su amiga por haberla abandonado y estaba segura de que dieciséis kilómetros le parecerían dieciséis días en la compañía de las señoras Gant y Bretton.

Las dos rechonchas hermanas, de pelo gris y apasionadas por los sombreros a juego, habían contratado al señor Mungo Brodie para que las llevara. Tras pedirle que hablara su lengua materna, se dieron cuenta de que era imposible comprender lo que estaba diciendo, así que expresaron su deseo de que fuera «lo más natural posible».

—Su lengua es demasiado áspera para nuestros oídos —le confió la señora Bretton a Daria, que asintió. La lengua era demasiado áspera y los caminos demasiado accidentados.

Su lento progreso por el estrecho camino que se adentraba en las colinas les dio la oportunidad a las hermanas de acribillar a preguntas a Daria y al señor Brodie. Cuando no estaban preguntando, el señor Brodie hacía una parada para que pudieran bajar del coche y arrastraban a Daria con ellas. Compartieron unos gemelos de teatro para contemplar el paisaje e insistieron mucho en que Daria los usara para ver los abedules y los robles que crecían exuberantes junto al camino, los piquitertos comunes posados en lo alto de los árboles o los quebrantahuesos que volaban por encima de sus cabezas. Solo entonces volvían a subir al coche y se

ponían en marcha para recorrer lentamente unos cuantos kilómetros más.

A medida que el día avanzaba, Daria empezó a inquietarse. No deseaba pasar toda una velada con esas mujeres pero aún no habían visto ningún signo de civilización y no se habían encontrado con ninguna alma en el camino. Miraba por la ventana con la esperanza de avistar un pueblo cuando el coche se detuvo de repente y se inclinó hacia un lado al apearse el señor Brodie. Un momento después, abrió la puerta.

—Glenferness.

Las hermanas miraron a Daria. Estaban en medio de la nada. No había más que bosque a su alrededor.

El corazón se le encogió.

—¿Perdón? —logró decir con voz ronca.

—Glenferness. —El escocés se alejó y Daria oyó que desataba su baúl.

El pulso empezó a latirle con fuerza.

—Oh, no. Debe de haber algún error. —Pasó precipitadamente por encima de las piernas de las hermanas y bajó del coche de un salto—. ¡Señor Brodie!

El hombre apareció de la parte posterior del coche con su baúl al hombro y lo dejó caer como si fuera una bala de paja en el borde del camino.

—¿Sí?

—No hay ninguna casa aquí —comentó Daria mientras señalaba el bosque que flanqueaba el camino.

—Sí, sí la hay. Solo hay que andar un poquito.

Daria observó el denso muro de árboles.

—Andar un poquito ¿hacia dónde? No veo nada más que bosque.

—Por ahí —respondió, señalando con el dedo.

Daria vio entonces un camino no más ancho que un sendero de conejos.

—Es imposible que haya una casa tras ese sendero.

—Bueno, muchacha, avance por el camino. La encontrará sin problemas. —Cogió su baúl de viaje más pequeño y lo dejó encima del otro.

—Pero ¿y mis cosas? —preguntó Daria dejándose llevar por el pánico—. ¿No hay ningún lacayo? ¿Ningún medio de transporte? ¿Espera que atraviese este bosque con estos zapatos y que cargue con mis propias cosas?

—Los chicos Brodie vendrán y le llevarán el baúl, señorita. Ahora no podemos entretenernos. Tengo que llevar a las damas al Piperhill Inn antes de que anochezca y vamos un poquito retrasados.

Se dirigió a la parte delantera del coche.

—¡Que tenga un buen día, señorita Babcock! —gritó la señora Gant asomando la cabeza por la puerta del coche—. ¡Salude a su abuela de nuestra parte!

—Pero...

La señora Bretton le dijo adiós con la mano mientras se alejaban.

Así fue cómo Daria acabó totalmente sola en el borde del camino pensando cosas desagradables sobre el señor Brodie y Escocia.

«Te has metido en un profundo pozo de estiércol, Daria», se dijo con desdén.

Miró el sendero de conejos que allí pasaba por camino. Nunca había considerado que se desanimara al primer contratiempo, pero sentía que estaba a punto de hacer precisamente eso. Se recordó a sí misma que si Mamie, la elegante y sofisticada Mamie, había ido a Escocia y se las había arreglado, ella también podría hacerlo. Solo tenía que decidir si seguiría sentada en el camino

esperando a que los saqueadores y asesinos pasaran por allí o si haría lo que el señor Brodie le había sugerido y avanzaría por ese diminuto y descuidado sendero.

Se levantó y miró al perro.

—¿Vas a acompañarme? ¿O te vas a pasar el día durmiendo?

El perro se irguió y meneó la cola.

—Muy bien. Pero debes responsabilizarte de ti mismo. Yo no soy una niñera —le advirtió y cogió el pequeño baúl. Tomó una profunda inspiración, masculló una breve plegaria, avanzó hasta el estrecho camino y casi se cayó cuando el perro la adelantó corriendo para encabezar la marcha.